

La gran tradición de la poesía entra a la revolución

Roberto Fernández Retamar, 33 años, poeta, profesor universitario, secretario de la Unión de Escritores de Cuba, uno de los figuras centrales de la renovación literaria del país, hoy, recoge en este libro (*) su alta poética permanente, desde *Elegía* como un *himno* que en 1959 le dió el nacimiento hasta *Si a la revolución* donde colecciona de 1958 a 1962 la lírica fecundada por el fenómeno revolucionario cubano.

Si es una misma la vez que en estos doce años se modula, registrando en los temas, en el espíritu que la anima, en las formas que se expresa, el fluir vivo de ese tiempo intenso que le ha tocado al poeta, es a la vez un variado proceso evolutivo el que se registra: maduración del instrumento poético, flexibilidad de la dición, crecimiento sencillo y profundidad, despojamiento de la expresión poética.

Es natural que aquellas versos que primero nos introduzcan en su libro sean los de los últimos años, la parte de los inéditos —sólo en libro, dado que la mayoría ya habían aparecido en distintas publicaciones, no sólo cubanas, sino también extranjeras, entre ellas este mismo semanario—, poemas donde el poeta enfrenta la tormenta revolucionaria, la ve invadir su casa, introducirse entre sus versos palabras y soliviantarlos. Y es también natural que su primera interrogación sea, en ese momento, acerca de la situación de la poesía, por cuanto es ella el primer verso comprometido de Fernández Retamar:

*¿Qué hace la poesía, la piadosa,
la lenta, renaciendo incógnita,
torso puro de ayer, cuando los broncos
ruídos llenan el aire, y no hay un sitio
en su impecable reino que no colme
la agonía?*

El había dicho, años antes, que "sólo cuando se saca quien dialoga", y que sentirá dir-

puesta para el otro, para el contorno, para el volátil mundo de las cosas, había alcanzado una maduración —descriptiva sobre todo— en su serie "Lo que se enfrenta después a los amigos". Las maravillas de un viaje forzaban al poeta a una vigilante atención por los cosas: "Epitafio en Pompeya", "En el mar, Itaca", "Epidaurus", "Plaza de San Marcos" o "Tumba para Antonio Machado" mostraban un orden equilibrado, siempre cauto, de apagado tono y de vigilado buen gusto para ver la realidad. Aquí estaba el poeta, y también el profesor, el hombre de decantada cultura que es Fernández Retamar, el poeta capaz de poner un pequeño incrédulo afectivo dentro de una descripción parascénica. Y en esa poesía entra la revolución.

Ella es, en primera instancia, redescubrimiento de algunas palabras y valores metidos antes en la trituradora del escepticismo. Suenan palabras que podían parecer cursis, como Patria:

*Almas le sé, se vive la noche y una
mas severa y diurna ciudadanía,*

La carta fraternal, donde la poesía es inundada por fórmulas narrativas, ocupa un nuevo lugar dominante, por encima del pequeño poema simbólico. Así, dirigiéndose a Juan Gelman, en Buenos Aires:

Aquí donde ya casi todo se llama Juan...

o dirigiéndose a Fryd Jamin, en Cuba:

*Por poco olvidamos para siempre aquel
[primer encuentro...]*

Es también la interrupción aragonesa del desle temar lucha y amor, donde se confunden en uno solo las distintas afectos. Es un ejemplo la sección: "Un miliciano habla a su militiana", destinada evidentemente a una comunicación muy simple y llana con el lector común. De allí sale el título del libro: "Con las mismas manos de acariciarte estoy construyendo una escuela".

Fernández Retamar es el ejemplo del poeta culto, de aquel en quien no puede mencio-

narse un nombre sólo cuando se habla de aproximaciones con otros creadores, porque ha leído y depurado una biblioteca entera, porque ha elaborado un lenguaje que se sobre todo conciencia vigilante de esa gran tradición en la que se sitúa, que contribuye a desarrollar y mantener. Por eso la lectura de este libro permite seguir ordenadamente su desarrollo cultural, permite ver como éste ingresa a la agitación revolucionaria y dentro de ella adquiere nuevas formas, sin cesar nunca de existir ni avanzar, sin cesar nunca de renovar una gran esperanza. A través de su poesía parece percibirse cómo la cultura sobrevive, intacta en sus valores esenciales, a las más duras agitaciones, y piétidamente ingresa en una nueva corriente renovada. Sólo un poeta puede dar este testimonio.

(*) ROBERTO FERNANDEZ RETAMAR: *Con las mismas manos*. La Habana, Ediciones Unión, 1962, 209 ps.

Impecables ejemplos de lecturas comentadas

La personalidad de Francisco Ayaia es lo suficientemente rica y variada, como para que este volumen no ofrezca retrato entero del novelista, sociólogo, ensayista, que es, y sólo permita acceso a un aspecto más reducido e incluso más secreto: el de profesor de literaturas hispánicas.

En efecto, a pesar del título del libro, *Realidad y ensueño* (*), que trata de introducir una cierta unidad en la colección de ensayos que incluye, a pesar de que algunos tienen una dimensión y un afán de amplitud que tiende a la autonomía e incluso al hecho monográfico, los diez textos agrupados en este volumen rezan de costinosa las noticiencia, sugerencias y aportaciones que derivan del trabajo del aula en las universidades. La designación clásica —"álava de varias lección"— podría caberle con justicia: desde un análisis de un soneto de Quevedo, hasta la serie de "comentarios textuales" al libro de Borges *El Aleph*, la línea dominante de

estos materiales es la que los filia en la explotación de textos habitual en la docencia, desmenuando para la mejor comprensión del estudiante — y muchas veces del docente y aún del investigador— algunas obras de los letrados españoles, y tratando, a partir de ellas, de reconstruir la singularidad del autor y sus valores de la época.

Pero no sería Francisco Ayala el autor de esos comentarios, si en la mayoría de ellos no se encontrara un perspicaz análisis de los valores literarios, y un estudio sutil de las sutiles vinculaciones entre la obra literaria y la significación espiritual que una época adquiere en sus creadores. En ese sentido es ejemplar el trabajo sobre "El túmulo", donde el famoso soneto cervantino sirve de espejo deformante para reflejar — y por lo tanto definir— el fatuoso tiempo de los Felipes en el pensamiento del poeta. Y del mismo modo lo es el breve, eficaz diagrama de *La vida es sueño* calderoniana, donde los dos versos tan citados "porque no sepa que sé / que soy flaqueza mía" le permiten entrar a la significación interna del barroco, a su aún de justificación.

Es en la zona de las letras españolas modernas donde están las aportaciones más considerables del volumen. Dos notas se consagran a Unamuno: una de ellas simple "curiosidad literaria" refiere a un error de traducción; la otra, en cambio, busca una interpretación de "El arte de volar en Unamuno", desentraña los distintos motivos de su leer novelesco en el enfrentamiento a Galileo, justiprecia a San Manuel Bueno como la obra maestra que es, y se concentra en la determinación de "cierto y descierto en la novela unamunescas". Curiosamente, aquí para hablar el novelista Francisco Ayala, y el esjuiciamiento de esos dos planes radicalmente separados en Unamuno (el del sentimiento cómico y el del sentimiento trágico de la vida) parecen proceder de un discípulo activo que ha intentado sortear la línea unamuneca.

Puede discutirse la elección —personal— que hace Ayala en la poesía de Machado, diciendo como calificación de su excelencia poética, aquel "¿Y ha de morir contigo el mundo negro..." pero el análisis que él le permite es una buena lección insular sobre la poesía de Machado, distinguiendo el juego de "ideas" y "creencias", el peso mediativo y la preocupación metafísica, hasta llegar al "misterio anónimo que el poeta se le apes de penetrar".

Francisco Ayala tiene para estas obras li-

terarias una mirada lúcida y seca, y su rigor para desentrañar las significaciones no intenta descansar en los análisis estilísticos o en la fascinación verbal, sino que va derechamente al meollo conceptual. La elección misma de los autores, muestra esta incidencia intelectual sobre la obra de arte, ya que ellos —los barrocos, Unamuno, Machado, el propio Borges— crean una literatura a partir de una estructura ideológica firme. Aun dentro de ellos, Ayala elige justamente aquellas páginas donde tal actitud emerge más plenamente. Dentro de su concepción consigue el mejor resultado y sus páginas son ejemplares acerca del mecanismo de la lectura comentada.

A. R.

(*) FRANCISCO AYALA: *Realidad y ensueño*. Madrid, Cerezo, 1963. 153 p.